

MARIO DINI INGRESÓ EN EL pad de sueño los datos de telemetría que Laura le había transmitido por el celular: dos o tres coeficientes fisiológicos, la constante de su sincroneural, latitud y longitud de su posición geográfica en el mundo físico.

El pad procesó la información y emitió un *blip* al mostrar los resultados. Era una operación de rutina: cada una de esas variables formaba parte de una ecuación bastante compleja, las transformadas de Dayar, que le permitirían orientarse en el mundo onírico.

Ajustó el volumen de su microauricular interno y subvocalizó algunas órdenes de testeo.

—Ipa. ¿Microauricular?

—Funcionando —dijo el pad de sueño con voz asexual.

—Ipa. ¿Norte?

—Funcionando —respondió el pad.

Mario sintió un desequilibrio leve a su derecha: una adaptación de su oído interno que le permitía alinearse con el Polo Norte Magnético. Lo habían operado cuando tenía seis años, y pasó más de seis meses trabajando con el terapeuta hasta lograr el condicionamiento necesario. No había sido una experiencia feliz.

—Ipa. Sincroneural, entrando en fase de sueño.

—Repita comando.

—Ipa. ¿Sincroneural?

—Funcionando —contestó el pad, que era capaz de interactuar con los sincroneurales para facilitarle el sueño.

—Ipa. ¡Sueño ahora! Buenas noches.

Guardó la tableta en un bolsillo de la bolsa de dormir.

La «bolsa de dormir», un nombre arcaico que se remontaba a la época en que realmente parecía una bolsa, era una silla acolchada de aluminio que lo mantenía en posición erguida. Mario Dini, como cualquiera que quisiera establecer un puente onírico, dormía sentado.

Hacía calor. Un calor seco, serrano, típicamente cordobés. Fuera de la carpa, chirriaban las cigarras. La somnolencia inducida amplificó el chirrido. Mario tardó unos minutos en darse cuenta de dónde provenía.

—Ipa. ¡Sueño fuera! —pidió. El chirrido seguía ahí, era molesto—. Música. Track seis, repetir... Ipa. ¡Sueño ahora!

Vivaldi empezó a sonar en algún lugar de su cabeza. El pad ajustó el volumen a medida que Mario se quedaba dormido.

El ingreso en el mundo onírico fue pura rutina. Frente a él se dibujó una lustrosa y detallada puerta de caoba. Se parecía a la puerta de entrada de la casona de su abuelo, en el barrio de Belgrano. Tomó el picaporte y traspuso el umbral.

—Ipa. Norte —dijo. Una parte de su cerebro dibujó una precaria rosa de los vientos en el piso de piedra. El norte estaba a su derecha. En el sueño, el desequilibrio se volvía imperceptible, pero terminaba asociándose con algún mecanismo más o menos práctico de orientación. Mario había elegido ese dibujo: una rosa de los vientos tallada en el suelo, y conseguirlo le había llevado dos años de condicionamiento.

—Ipa. Instrucciones —subvocalizó.

—Noroeste, treinta pasos —respondió el microauricular interno.

—A caminar.

Giró en redondo y observó con cuidado el paraje. El pad de sueño no podía saber cuántos metros avanzaba él, ni en qué dirección: tenía que confiar en su propia orientación onírica.

Contó los treinta pasos y se detuvo.

—Ipa. Instrucciones, continuación.

—Norte, cincuenta y tres pasos.

Al cabo de media hora de tiempo subjetivo, Mario llegó al punto de encuentro. Las transformadas de Dayar también podían calcular el tiempo subjetivo a partir del tiempo físico y de otras variables fisiológicas. El tiempo subjetivo era el más apropiado para medir la duración de las acciones en el mundo onírico.

Laura lo esperaba en el centro de aquel paraje serrano, probablemente una intromisión de la realidad física en Córdoba.

—Hola —dijo ella, y levantó la cabeza para ver el paisaje circundante—. Es lindo. La verdad es que no conozco mucho, salvo lo que pude ver en Tlön/3/ Diagonal.

—Un recuerdo ajeno para turistas ociosos, que está almacenado en una . . . en el . . . —Mario hizo un mohín de desprecio—. En un nodo de recurrencia. Me hubiera gustado tenerte en Córdoba.

—¿Estás loco? Acá las cosas se complicaron, no puedo salir. Además, vos tenés veinticuatro y yo todavía no cumplí los dieciocho . . . ¿Qué es ese quilombo?

—Vivaldi. Hay algo en el ritmo que me ayuda a estabilizar el sincro. Además me gusta. Ya lo habías escuchado.

—Sí, pero no tan alto.

—¡Ah! Las cigarras... Ipa. Volumen de la música, bajar. ¿En qué habíamos quedado la última vez?

Laura cerró los ojos y habló en un tono más neutro. En la vida real, en uno de los barrios privados que rodeaban la Ciudad de Buenos Aires, ella estaba subvocalizando una serie de órdenes a su pad de sueño.

—Barbie. Grabación del ejercicio cero-uno. Ejecutar en cero-cinco-uno-siete. Creo que era quinientos diecisiete. Quién sabe. Es algo que escribí y quería que lo escucharas.

La serranía se llenó con el discurso que el pad había almacenado. Era la voz de Laura. La escena estaba incompleta, pero Mario sabía de qué se trataba.

*«Entonces irrumpieron en la casa y se llevaron todo, sembrando el miedo a su paso. Mi madre y yo quedamos inermes ante el ataque, pero ellos buscaban comida y se conformaron con lo que había. Actuaron con violencia, pero no nos hicieron daño. La gente huía, todo era terror. Entonces vino mi padre y descubrí que me había quedado sin casa. Que teníamos que mudarnos a Barrio...»*

Mario levantó la mano.

—Barbie, parar ejecución —le ordenó Laura al pad.

—¿Qué es eso? —dijo él—. Usás palabras como «miedo», «terror», pero no significan nada. No sé si me explico. No evocan nada, no me producen ningún sentimiento. Habría sido lo mismo ponerle «feo» o «malo».

—No te entiendo.

—¿Es tu propia experiencia? ¿Te lo contaron?

Laura se aclaró la garganta.

—No, la verdad es que cuando los okupas llegaron a mi casa, yo ya vivía en otro lado. ¿Te acordás de mi departamento del Abasto? —dijo ella, y algo cambió en el ambiente. Ahora estaban sentados en un sillón de dos cuerpos bastante raído, de cara a una ventana con los cristales rotos. Por el hueco se veían las ruinas de un *shopping center*.

—Sí, te visité dos o tres veces —admitió él, reparando en los lamparones de humedad que manchaban las paredes—. Está distinto.

—Está hecho mierda. Después de que nos mudamos, volvimos un par de veces. Así estaba la última vez que lo vi. Hoy el Abasto es un barrio fantasma, y los okupas lo están invadiendo. Vos sabés cómo es: tenemos *corporates* en el Bajo,

en Belgrano, en la zona del puerto... Pero hay un montón de lugares donde no hay nada, es la ley de la selva. En la grabación yo quería transmitir un poco de ese caos, la frustración que sentí.

—Pero no te esforzaste mucho. Habría sido mucho más honesto hablar de esa frustración, del caos tal como vos lo viste. No sé si me explico.

Mario comenzó a recorrer la sala a grandes pasos. Caminaba pendularmente, sin prestar atención a las paredes ni a las ventanas. Si ella no lo miraba, esos pasos alcanzaban la serranía cordobesa, y a la vuelta del péndulo llegaban a la ventana rota, o a la cocina que ella no recordaba bien y que probablemente estuviese inventando sin darse cuenta.

—Cuando uno relata —dijo Mario, mientras dejaba de caminar y se sentaba junto a ella—, tiene el poder de ir modelando el ánimo de quien lo escucha. Cada frase puede imprimir un estado de ánimo determinado. Pero para eso tiene que ser como una flecha certera. Las frases hechas no sirven.

—No me vengas con boludeces. ¿De cuántas formas distintas podés decir que te estás cagando de miedo?

Mario le clavó los ojos.

—¡Hay miles de formas de decirlo! Pero hay una sola forma que se ajusta a lo que vos querés decir. Son tus miedos, son tus angustias, es tu propia evocación la que me dice cómo te sentiste al abandonar tu cama, tu inodoro, la comodidad del sillón, tus libros... —Mario se levantó y volvió a recorrer pendularmente el cuarto: parecía engolosinado por su propio discurso—. Escarbá un poco, pensá en alguna experiencia parecida. Es ahí donde entra en juego tu imaginación, tu sensibilidad para ponerte en la piel de alguien a quien sí le pasó. Imaginate cómo podría sentirse alguien que... —Mario tragó saliva—. Bueno, eso también se está perdiendo con todo esto de los puentes oníricos y los barrios cerrados. No podemos ponernos en lugar del otro, cada vez sabemos menos del otro.

Laura pareció recuperar su interés en lo que decía Mario. Hasta ese momento se había limitado a mirarlo, o a desviar la mirada cuando él la encaraba. Sólo ahora vislumbra los fragmentos de la verdad que estaba escondida detrás de esa grandilocuencia. Mario continuó.

—Se trata de vivirlo. No sé si me explico. Todo eso que grabás o escribís tiene que decir algo de vos, o de alguno de tus personajes. Algo real. Y si tenés suerte, también dice algo del tipo que te está leyendo o escuchando. —Se dio vuelta y todo el paisaje volvió a su conformación anterior: la paz de la serranía, una brisa calurosa,

el sol de las tres de la tarde—. La otra vez te propusiste escribir sobre esa guerra de fines del siglo pasado, y te pedí que vinieras a Córdoba para que entrevistaras a un grupo de aviadores. No viniste, te limitaste a refritar algunas de las notas que encontraste en Tlön/3/Diagonal. Datos históricos. Cuando lo escuchás, no se te mueve un pelo. No sé si me explico. Si querés experiencias, tenés que salir a buscarlas.

Ella tardó un par de segundos en digerir la última frase. Cuando habló, lo hizo lentamente, como tanteando el terreno que Mario había copado un minuto antes.

—Voy a tener que conformarme —dijo—. Anoche cerraron este barrio, y mi viejo dice que el centro de Buenos Aires está imposible. Yo no quiero ni asomarme al exterior.

—¿*Outsiders*?

—Hay de todo.

—Y ustedes viven felices en sus barrios cerrados. O en los feudos corporativos del interior.

—Estás mezclando todo —interrumpió Laura—. Una cosa es escribir y otra muy distinta es meterte en la boca del lobo. Soy... quiero ser escritora, y para eso tengo imaginación, tengo capacidad para armar tres frases seguidas y que me entiendan, leí muchísimo. —Laura esbozó una sonrisa—. Si me apurás, te diría que leí mucho más que vos.

—¿Y de qué carajo te sirve el talento si no tenés nada que decir?

—Tengo algo que decir, pero no tengo por qué ser el otro. Vos lo dijiste: ponerse en lugar del otro, que no es lo mismo que ser el otro.

—No entendés nada. —El maestro hizo otra pausa, como si buscara las palabras. Se le quebró la voz—. Lo que más rabia me da es que tenés la inquietud: podrías ser escritora, incluso periodista, pero no te jugás. Decíme: ¿cuántas horas dormís por día?

—Dieciséis. Tengo una vida social agitada. —Ella sonrió en algún lugar de su barrio privado, y quizá también dentro del sueño, aunque el rostro de Mario no dio muestras de notarlo—. Mis viejos duermen menos: diez o doce, si contás las sesiones de trabajo en grupo.

—¿A qué se dedica tu viejo?

—Es arquitecto. Están diseñando algo en el Umbral de Tlön/11/Diagonal. Un edificio, creo. No me dijo.

—Y mientras diseñan acá, allá afuera la civilización se viene abajo.

—No exageres.

—No exagero, mujer —dijo él, que estaba recuperando el tono docente y ahora enumeraba con los dedos—. Primero fueron los feudos corporativos. Después los ricachones se mudaron a los barrios de la periferia, ahora la ciudad se está muriendo y lo único que hacen es planear un mundo mejor mientras sueñan. ¡Es ridículo! Adiviná qué va a pasar el día que los okupas descubran dónde tienen instalados todos esos nodos de recurrencia. Y qué va a pasar el día en que se enteren de qué están hechos esos nodos. —Mario torció la boca en una sonrisa funesta—. A todos los bellos durmientes les va a llegar su príncipe azul. Van a tener que salir a tomar aire. Van a quedar a merced de...

—No exageres —repitió Laura—. Me estás asustando.

Su maestro sonrió burlonamente. *Eureka*, decía esa sonrisa.

—Ahí tenés un tema para escribir. Una emoción auténtica. Explorála, palpitála como si fuera la única realidad posible. Ahora tenés algo más para decir.

Mario se aclaró la garganta, y vaciló antes de volver a hablar.

—Ipa, abra conexión a Tlön/22/Diagonal.

El pad de sueño hizo una llamada usando las frecuencias de telefonía inalámbrica. Un *blip* sonó en toda la sierra cuando el nodo atendió del otro lado de la conexión. Mario subvocalizó una docena de instrucciones. A los pocos segundos, un ser pequeño, la negra caricatura de un duende, apareció en su campo visual. Sin decir palabra le extendió un papel. Él observó primero el papel y luego se fijó en el avatar-duende, a punto de regresar por donde había llegado. Algún gracioso había configurado Tlön/22 para que pareciera una pequeña criatura negra, con ojos grandes y saltones, patas de cabra, orejas puntiagudas y cola terminada en triángulo.

—Leé esto —dijo Mario, y se volvió hacia Laura para entregarle la hoja—. Es la crónica de un soldado que está en la guerra. Un soldado que relata desde el campo de batalla. O quizá después. Pero te puedo asegurar que esas imágenes, esos sentimientos, incluso esos olores, no se los va a sacar de su cabeza jamás. Ni yo tampoco. Transcurre justamente en la década del 80, creo que te va a servir.

—¿Para qué me lo das? —protestó ella—. ¿No era que yo tenía que buscar mis propias experiencias?

—Te lo doy porque ese soldado logró transmitir algo. Algo que yo sentí aunque nunca estuve en la guerra. No es una cuestión de técnica. Tiene que ver más con los sentimientos que puso en juego. No sé si me explico: este tipo primero fue soldado, después escritor.

—Y según vos, yo no tengo nada que decir. No sirvo.

—No es eso. Lo que quiero decir... —Mario arrojó la hoja al piso en un gesto de fastidio—. No tiene remedio. ¡Para qué me gasto! Ipa. Tiempo, mundo físico.

—Cuatro cincuenta y dos de la mañana —contestó el pad de sueño.

—Chau, Laura. Saludáme a tu familia.

—¿Y el texto? Entonces es cierto. No sirvo. Me mentiste —objetó ella, pero él estaba en camino: la rosa de los vientos había comenzado a tallarse en el piso, tomando fragmentos de la realidad de ella en la ciudad, del pedregullo y del pasto de la sierra y hasta del papel que acababa de tocar el suelo.

—No estás lista y no puedo culparte. Abrí bien esos ojos y mirá. Yo me vuelvo a Buenos Aires. ¡Buscáme! No sé si me explico. Cuando estés lista, llamáme... Ipa, sueño fuera.

Antes de que Laura pudiera reaccionar, el bajorrelieve se elevó un par de metros sobre el piso y se estrechó en torno a la figura de Mario Dini hasta engullirlo.

De pronto ella estaba sola, otra vez en el departamento del Abasto. La misma ventana rota, los mismos lamparones de humedad, el mismo sillón raído. Pero Laura se percató de otros detalles: el olor a orín, los desechos de comida en el piso de la cocina, la sensación de que el tiempo había transcurrido.

Y después los golpes. Golpes reales que tronaban en la madera y hacían eco en todo el cuarto. Alguien llamaba a su puerta con prepotencia.

—Barbie, por favor —rogó Laura, susurrándole a su pad de sueño—, tiempo mundo fí...

La frase se le quebró en la garganta. Había olvidado la secuencia de salida, o tal vez esa habitación fuera más real que el mundo físico. La única verdad evidente era que alguien quería entrar en su casa y ella estaba sola.

Los golpes se volvieron aún más violentos. Primero puñetazos, después patadas. Y con cada patada el panel de madera se combaba y astillaba. Y más allá, pasos. Voces desconocidas de un aquelarre que estaba cada vez más cerca.

Y Laura estaba sola, a merced de todos ellos.

—Barbie... —intentó por segunda vez.

No pudo.

Latido tras latido de una angustia desbocada y violenta. Una punzada de ansiedad que nunca había sentido, pero que ahora estaba allí, palpitando en el corazón de Laura.

Y era tan real...

—Barbie —dijo por tercera vez. Tragó en seco para evitar que su voz se quebrara—. Ejercicio cero-dos. Empezá a grabar...